

CAPÍTULO XIII

Filosóficos.

Mientras que aislados los dogmas en su orgullo sabido, no eran comprendidos por el pueblo, ni aspiraban a ello, los maniqueos tenían que conducirse siempre a guisa de la realidad, con aquella en palmas y poéticas ex- plicacion de la vida que se presenta a los per- adores y a los hombres vulgares del por que existe el mal bajo la direccion de un Dios bueno, y con el ingenio con que revelaban los misterios de esta vida. Se extendió pues, y vivió después la Teología y la Lógica con el tiempo de las ciencias y de las artes, y aun no ha podido salir de ellas de algunas vallas altas.

Mucho se equivocaría el que creyese que la filosofía ha cesado alguna vez en sus ejercicios, y que se ha interrumpido la tradicion de las doctrinas racionales griegas ó de las sacerdotales indias, egipcias y persas. Hemos visto cómo brotaron del tronco de Sócrates cinco ramas, ya viendo en las cosas solamente apariencias é ilusiones; ó no concediendo realidad más que á los objetos físicos; ó negando toda existencia fuera de la conciencia personal; ó reuniendo bajo un solo aspecto el mundo intelectual y el externo, sin preferir el uno al otro, ó finalmente, elevándose hasta la íntima y suprema unidad, que vivifica igualmente el espíritu y la materia. El epicureismo había pasado á Italia para vengar á la Grecia, corrompiendo á los siervos y á los señores. El escepticismo había hecho un exceso supremo con Sexto Empírico, médico del siglo II, que pretendió hacer con la doctrina lo que Luciano con la sátira; es decir, destruir toda creencia. Sus hipotiposis pirrónicas destruían toda la filosofía positiva; y mientras que los dogmáticos

se gloriaban de poseer la verdad objetiva, y los académicos negaban que pudiera conseguirse, él enseñaba á buscarla. Y á este fin establece como cánón, que no se tome por dogma ninguna razon, á la cual no se pueda oponer otra de tanto peso, por lo cual el arte del escéptico consiste en contraponer unas á otras las apariencias de los sentidos y los juicios de la razon, de manera que proceda de aquí la suspensión del juicio, fuente de perfecta tranquilidad. En la obra *contra los matemáticos*, esto es, contra los profesores de ciencias positivas, trata de combatir la gramática (nombre que abraza las ciencias históricas) la retórica, la geometría, la aritmética, la astrología y la música, y después á los lógicos, á los físicos y moralistas, en cuya refutacion manifiesta mucha erudicion é ingenio, y una claridad y precision, que no siempre alcanzaron los que de tiempo en tiempo renovaron sus argumentos. Nada podía venir menos á propósito que una escuela escéptica en medio de Alejandria.



ciudad dogmática y teosófica, por lo cual esta doctrina murió con su autor, no dejando más que el absurdo en la ciencia, después de haberse anticipado con Enesidemo á Hume, negando hasta la idea de la casualidad.

La moral de Zenon había sido adoptada principalmente por los jurisconsultos, y ya hemos visto sus aplicaciones: con ella sobrevivían los restos transformados de la escuela pitagórica y de las doce especulativas de Platon y Aristóteles.

Si los neo-pitagóricos no colocaban, como los estóicos, la moral en oposicion con las inclinaciones del hombre, y no hermoseando la virtud la hacían inaccesible, secundaban sin embargo el sentimiento popular con aparatos de milagros y de secretos, fácil palestra de los impostores. Entre éstos colocamos á Anaxilao de Larisa, médico charlatan, y á aquel Apolonio Tiano que se supuso una trasmigracion del Pitágoras antiguo, ó el Mesias del amenazado politeísmo. Esta filosofía modificó las doctrinas italianas con el ascetismo y misticismo, que forma el verdadero carácter de su escuela, á cuyo fin introdujo apariencias religiosas; usó los sacrificios y la magia; supuso un Dios único, el primero entre los seres, pero poco superior á aquéllos, porque todos se encadenaban en una especie de orden fatal; y afirmó que conocer á este Dios era el objeto de la adivinacion.

Se diferencian de éstos los mejores, Sextio, Socion, Nicomaco, y Moderato. El primero, que en tiempo de Augusto rehusó la dignidad de senador, fué jefe de una secta llena de fuerza romana, como dice Séneca, el cual nos conservó de él esta hermosa imágen: «Como un ejército amenazado por todas partes forma el cuadro, así tambien conviene al sabio rodear sus costados de virtudes, como centinelas, para estar prontas contra cualquier peligro que ocurra, y hacer que todas obedezcan sin tumulto las órdenes de los jefes.»

Socion había sido maestro de Séneca. Moderato de Cádiz, que vivió con Neron, restableció la fama de Pitágoras, considerando sus números como lenguaje necesario para expresar los principios de las cosas, que no podrían ex-

presarse con vocablos comunes. Tambien Nicomaco y Jamblico de Calcis utilizaron respecto de los números; pero en vez de doctrinas matemáticas como antiguamente, mezclaron con ellos fábulas, supersticiones y alegorías tanto más inútiles, cuanto que la parte más útil y práctica estaba ya comprendida en el platonismo.

Jamblico en su libro *Sobre los misterios de los Egipcios y de los Caldeos* nos da preciosas noticias acerca de las doctrinas orientales. En la *Vida de Pitágoras* tenemos un testimonio de muchas partes de la filosofía itálica. Estas palabras suyas contienen una bella definicion de la filosofía: «Filosofamos cuando verdaderamente y sin necesidad de los sentidos ni de funciones corporales (es decir, sin dar fe á las representaciones de los sentidos) usamos solamente la inteligencia para comprender la verdad, que está en las mismas esencias, en las cuales sabemos que consiste la sabiduría.»

Platon y Aristóteles, genios que se dividieron el campo del pensamiento y de la ciencia, no habían dado complemento á sus doctrinas: admitiendo el primero una fuente sobrenatural de la verdad, no alcanzó, sin embargo, aquel punto fijo en que la reminiscencia ó la inspiracion adquieren certidumbre por la revelacion; queriendo deducir Aristóteles la verdad del raciocinio y de la experiencia, despreciando toda tradicion superior, no pudo abrazar el todo con las observaciones particulares ni penetrar en la esencia de las cosas. El objeto de la escuela ecléctica de Alejandria fué completar las obras de estos dos filósofos, suplir el arte de Platon con la ciencia de Aristóteles. Llamóse esta escuela neoplatónica porque dominaba en ella la doctrina del primero, modificada y enriquecida con lo mejor que había de las tradiciones órficas, pitagóricas, egipcias, orientales y del cristianismo, cuyo mérito podían combatir los filósofos, pero cuyo influjo no podían evitar (1).

(1) El defensor más esforzado del eclecticismo. Mr. Cousin, define así la filosofía neoplatónica: «L'ecletisme alexandrin n'était rien moins qu'une tentative hardie et savante pour terminer la lutte des nombreux systemes de la philosophie grecque, et faire





La espada de Alejandro y de Roma había roto las barreras que conservaban en cada pueblo su carácter nacional, de manera que se habían mezclado lenguas, costumbres, cultos y gobiernos. Esta mezcla se notó principalmente en Alejandría por el concurso de forasteros, atraídos por el comercio, y de doctos, llamados por los lagidas á la sombra del trono. Allí se encontraron los griegos al lado de los hebreos hasta entonces ignorados, y de aquellos orientales de quienes confesaban haber deducido su civilización, y á quienes se habían dirigido los maestros siempre que habían querido remontarse á la fuente de las doctrinas alteradas por su artístico genio. Los mismos sacerdotes egipcios, para lisonjear á sus señores, atribuían á los ritos patrios un sentido alegórico, que los aproximaba á las ideas griegas.

Elevábase en tanto la voz de los cristianos para demostrar que no podía compararse ninguna filosofía con el Evangelio, porque la una destruía á la otra, ninguna era completa y todas eran inexactas en la moral. Pareció, pues, que se pusieron de acuerdo para escoger en cada sistema de filosofía ó de religión lo mejor que contenía, y demostrar que si en ninguno se encuentra la verdad completa, está sin embargo diseminada en fracciones en todos ellos. Pero como no se atrevían ó no podían alzarse hasta aquel punto en que se unen la filosofía y la religión, llegaron á aceptar los delirios de la magia y del misticismo, que manchan el espectáculo, por lo demás maravilloso, de una sociedad que reconoce sus propios defectos, y trata de regenerarse fundando la doctrina sobre las creencias del pueblo, haciéndolas lo más morales y racionales posible, y elevándolas á la dignidad de ciencia.

aboutir ce riche et vaste mouvement á quelque chose de positif et harmonique, qui pût passer des écoles dans le monde, servir de forme á la vie, et raffermir la société antique ébranlée. Ce système était le platonisme enrichi de tous les développemens que lui avaient apportés six siècles de gloire et de contradiction, les lumières de plusieurs sciences nouvelles ou nouvellement agrandies, et toutes les idées des autres écoles que l'on put combiner avec le platonisme, et en lui laissant toujours la suprématie. L'esprit général du temps y mêla de fortes teintes de mysticité et de superstition téurgique.

Advirtiendo que no era posible salvar al politeísmo de las acusaciones de grosera inmoralidad, intentaron hacerle remontarse hácia los símbolos, oprimidos hasta entonces bajo las reformas; y reuniendo los que habían sobrevivido en la religión griega y en la oriental, y remontándose á la primitiva revelación, intentaron reconstruir el venerable edificio de las antiguas creencias, condecorándole con los nombres de Orfeo, Hermes y Zoroastro.

Los alejandrinos, herederos de las obras acumuladas por espacio de diez siglos, desde Tales hasta Amonio Saca, y colocados próximos á la mayor colección de libros, se presentaban no obstante en una edad de cansancio y desaliento, por lo cual, en vez de lanzarse á la verdad con el ímpetu primitivo de los grandes pensadores de Grecia, parece que desesperados de haber intentado en vano todos los medios para llegar á la naturaleza de la razón, se detuvieron á ilustrar y aplicar; y eruditos ingeniosos, más bien que libres y seguros pensadores, desnaturalizaron no pocas veces las doctrinas para servir al triunfo de un partido.

El eclecticismo, cuyo mérito se atribuye á esta escuela, suele apoderarse de las opiniones de cada edad. Mientras el cristianismo no sufría ninguna mezcla, como es natural en una religión fundada sobre la autoridad, y persuadida de ser infalible, la escuela ecléctica quería la libertad y la comprensibilidad, llevadas ambas al exceso. Los alejandrinos repudiaban las doctrinas eclécticas, y el sensualismo que las engendra; tomaron las formas de Aristóteles; y llevaron la idealidad de Platon hasta el misticismo, único distintivo de aquella escuela que le señala un puesto en la historia de la inteligencia y de la humanidad. El método filosófico de los alejandrinos principia con la dialéctica y concluye con el misticismo; y después de reconocer la impotencia de la razón, recurren á una facultad intuitiva, superior á ésta. Todos aquellos filósofos pretendieron haber tenido comunicación directa con los dioses; que es necesario el éxtasis para alcanzar la verdadera sabiduría, y que el destino final del hombre es el conocimiento de lo absoluto



y la unión íntima con éste, mediante la contemplación.

Amonio Saca, cuyo nombre quiere decir mozo de cordel, que vivió á fines del siglo XI, y que acaso fué cristiano apóstata, fundó escuela (1), con objeto de unir las doctrinas de Aristóteles y Platon, tentativa que también hizo Palamon, y con mejor éxito Plotino. Nació éste en Licópolis de Egipto, y disgustado de la pobreza de la enseñanza filosófica, se consagró á buscar la verdad con una erudición igual á su entusiasmo, por el cual pretendía tener con los dioses directa correspondencia. Habiendo visitado el Oriente con el ejército de Gordiano, vivió veintiseis años en Roma, y murió en Campania.

Visionario y raro en su género de vida, era no obstante afable, amoroso, casto y moderado. El emperador Galieno le señaló una ciudad destruida de la Campania para que en ella aplicase la república de Platon; y aunque no sea lícito hacer experimentos en una sociedad humana, es desentir que entre tantas extravagancias ejecutadas por los emperadores, no haya podido llevarse ésta á efecto. Permitía á sus alumnos que le propusiesen cualquier problema, y después les daba las respuestas por escrito, las cuales se recopilaban con el título de *Eneadas*; pero procediendo de preguntas casuales, no tienen un encadenamiento preciso de ideas, y son por lo tanto una exposición oscura y embrollada.

Su idea de la belleza es sumamente elevada: «Las cosas bellas no se dan á conocer solamente por sí mismas, sino porque producen en quien las contempla una dulce turbación, una agitación mezclada de placer, de deseo y de amor, no igual en todos, sino mucho mayor en las almas que son naturalmente amorosas. Ahora bien, no hay belleza que por sí sola posea este atractivo; más allá de su forma se deja percibir alguna cosa más bella que la belleza, y á la cual debe ésta el ser bella. No es ya una forma, porque el alma, donde quiera que ve una forma, siente que más allá de aquélla hay

(1) Fueron alumnos de ella Orígenes, Plotino y el crítico Longino.

que desear alguna cosa, de la cual trae su origen la misma forma, alguna cosa que existe por sí misma sin límites ni medida. Es el principio y el término de la forma y de la belleza: es el bien. La propiedad de éste es hacer que nazca el amor; el deseo del bien turba el alma, y al bien aspira ésta á unirse. El objeto en sí mismo es sólo lo que es; se hace deseable cuando el bien lo ilumina, dando á las cosas la gracia y á quien las desea el amor. El alma recibe uno de sus rayos; se conmueve, se siente herida por un aguijón oculto, la posee el delirio, y nace en ella el amor. Hay algunas caras de una belleza perfectísima, y que sin embargo no atraen, porque les falta la gracia. La verdadera belleza es aquel no sé qué que brilla en la proporción, más bien que la proporción misma. ¿Por qué en la cara de una persona viva resplandece la belleza, y después de muerta sólo se descubren sus vestigios, aunque no se hayan alterado sus facciones? ¿Por qué entre muchas estatuas, las más animadas parecen más bellas que las que están mejor proporcionadas, y por qué un animal vivo es más hermoso que pintado, aunque éste sea de formas más perfectas? Porque este incita más el deseo.»

Ordenó las *Eneadas* Porfirio, natural de Siria, que murió en Roma después de muchos viajes. Conoció y combatió la ciencia de los hebreos y de los cristianos, y como Plotino, se compadecía de la ceguedad de los entendimientos y del peso de la materia, y creía tener visiones sobrenaturales. Escribió la vida de Pitágoras, en parte divulgando lo que antes se reservaba en los misterios, y en parte interpretando, y suponiendo en los diferentes cultos intenciones que nunca han tenido. No trató, pues, de combatir las antiguas creencias, si bien notamos en él un grande esfuerzo en sostenerlas, alguna vez con sinceras intenciones, siempre con mucho ingenio.

Porfirio y Jamblico, muy inferiores á Plotino, llevaron la escuela alejandrina al misticismo, prefiriendo la tradición á la dialéctica, y principiaron aquella guerra impotente contra el cristianismo, que representó la lucha del mundo antiguo con el nuevo.





Posteriormente restauró aquella escuela el bizantino Proclo, que pretendió ser el último anillo de una cadena de hombres consagrados á Hermes, en los cuales se había perpetuado por herencia la sabiduría secreta de los misterios, pero que parece concluyó con él (1). Tuvo comercio con los demonios, obró milagros y fué colocado á su muerte entre los dioses.

Atentos estos filósofos á poner en armonía los elementos diversos, tomaron del Oriente las ideas sobre la unidad originaria, sobre las emanaciones, sobre la materia, sobre las transmigraciones, y sobre la absorción final; de Platon las nociones de la triada, la distinción entre el mundo ideal y el sensible, los demonios y las funciones del alma; de Aristóteles la distinción entre la forma y la materia, y la lógica aplicada á las emanaciones; de tal manera, que es difícil dar unidad á su pensamiento. Intentémoslo sin embargo.

Existe desde el principio, según ellos, una unidad pura y absoluta, inmutable, sin ninguna diferencia ni aun de objetivo y subjetivo, de conocido y cognoscente, ni ninguna de las cualidades concebibles para nosotros. Emana continuamente de esta unidad, como aureola de la luz, la inteligencia, necesariamente inferior á su principio, la cual produce otra aún más baja, es decir, el alma universal, principio del movimiento.

La inteligencia abraza las ideas de todo lo contingente, y como aquéllas son la inteligencia y su objeto, se identifican con la realidad, y el cognoscente con el conocido (2). Pero en atención á que existen en la inteligencia como en su sujeto, hay diferencias entre la forma y la materia, siendo ésta la inteligencia, y aquella las ideas.

(1) Se descubre la idolatría de un comentador en estas palabras de Cousin: «Talem autem virum Proclum dicimus, in quo coire ac effulgere mihi videntur quaecumque variis temporibus Græciam illustraverunt philosophorum ingeniorum lumina, Orpheus videlicet et Pythagoras, Plato, Aristoteles, Zenoque, Plotinus, Porphyrius, atque Jamblicus. Pref. á las obras de Proclo, t. I., p. 26.

(2) Investigó en qué difiere esta doctrina de la de Schelling Gott. Gul. Gerlach, «De differentia que inter Plotini et Schellingi doctrinam de numine summo intercedit.» Viteb. 1811.

El alma en su actividad plástica, tiende irresistiblemente á producir en el exterior las ideas, y las ideas producidas son las almas. Pero no pudiendo existir éstas más que en un sujeto, es preciso que al producir el alma las formas produzca también la materia. Por tanto, ésta se deriva directamente del mundo inteligente, enseñando aquellos filósofos de una manera vaga y oscura, que el alma participa en una medida limitada de la luz infinita del entendimiento, en cuyos confines descubre las tinieblas; y que no pudiendo tener á su lado cosa alguna que no tenga un pensamiento, les aplica formas, de manera que llegan á ser morada de las ideas. La materia, sujeto indeterminado, despojada de toda cualidad, y simplemente capaz de recibir aquellas ideas luego que las ha recibido, pasa del poder al acto, de donde resulta el compuesto, el cuerpo.

El universo sensible es, pues, la gran alma, que forma la materia por medio de las ideas; y eterno, porque nunca ha podido el alma estar inactiva. Concurren á producirlo la inteligencia y el alma; sujeto aquélla las ideas, y principio ésta del movimiento, que unidas constituyen el mundo, conjunto de las ideas, dotadas por el alma de actividad y de vida. Este principio inmediato de las cosas, se particulariza en los diversos fenómenos, habiendo tantas causas germinantes en el mundo, como ideas de él hay en la inteligencia.

La necesidad gobierna el mundo, y como la gran alma no podía cesar de producirlo, así las que emanan de ella obran, como ella, por impulso de su propia esencia, cuya acción es su voluntad. No formando el mundo inteligente y el sensible más que uno sólo, ya en sí mismos, ya en su imagen, uno obra paralelamente al otro, y uno y otro se explican al que sabe interrogarlos con la magia y la astrología (1).

El mundo, por consiguiente, no puede ser más que bueno, y el mal es la desigualdad de las almas, y la manifestación de esta desigualdad. Véase, pues, una fatalidad y un optimis-

(1) Gérmén del sistema de Espinosa y de la Teodicea de Leibnitz.



mo mortales para la moralidad, aun cuando los alejandrinos intentaron sustraerse á sus consecuencias, diciendo que el libre albedrío puede superar el mal moral.

Todas las partes del mundo sensible comprenden almas, es decir, ideas producidas, pero de clases diversas; primero los dioses intelectuales, libres de pasiones que contemplan las ideas no producidas, y gobiernan el cielo y los astros; siguen los eones, y después los demonios (1); aquéllos dirigen las fuerzas creadoras del universo, y éstos las vitales y las cosas humanas; en seguida vienen los hombres, y más inferiores las almas de las bestias, de las plantas, y del resto de la naturaleza.

Las del mundo intelectual toman cuerpo solamente al entrar en el terrestre. Cuando una toma cuerpo humano, deja, aunque indivisible, alguna parte suya en el mundo superior; está presente por completo en cada una de las partes del cuerpo ó más bien está el cuerpo en ella, y aun cuando los objetos externos hagan impresión en aquél, no afectan al alma, sino que les presta su atención como una cosa fuera de sí. Alejadas de Dios por el desarrollo de la creación, tienden á volver á él. Las que abusando de los sentidos descendieron hasta someterse á la vida puramente sensible, después de la muerte renacerán bajo forma de bestias; si vivieron racionalmente, volverán á cuerpos humanos; y volverán al seno de Dios, si cultivaron la vida divina.

A esta vida divina deben cooperar los auxilios superiores con los esfuerzos humanos, que relativamente á la inteligencia y á la voluntad, producen la ciencia y la virtud. Residiendo la ciencia en los procedimientos lógicos con los cuales combina el hombre las ideas, es necesariamente imperfecta, siendo Dios superior á toda fórmula; y sólo por medio de una intuición inmediata, puede adquirirse la ciencia perfecta, que más bien se ha de llamar una presencia íntima de Dios en el alma, colocada en el estado en que se encontraba antes de descender al mundo intelectual.

(1) Exponemos la doctrina neoplatónica sobre los demonios en los documentos de filosofía.

Así, pues, algunas de las virtudes no son más que una preparación para las divinas, como las físicas, las morales, las políticas, las purgantes, las teóricas, es decir, las que se refieren á la perfección del cuerpo, y á los deberes de hombre y de ciudadano, y las que se desembarazan de las afecciones corporales, y contemplan el alma por sí misma. Las divinas hacen capaz á quien las posee de conversar con los dioses, evocarlos y mandar á los demonios; y purificadas transforman al hombre en Dios.

El auxilio de los dioses, necesario para dar vigor á los esfuerzos humanos, se obtiene ó con la súplica, movimiento impreso al alma para elevarse hasta ellos, ó con símbolos ó ritos externos, los cuales, cuanto más al vivo representan las cosas divinas, más influyen sobre la divinidad. De aquí provienen los sacrificios, la adivinación, la idolatría y todo el culto gentil. El que por estos medios no llegue á identificarse con la esencia divina, debe arastrarse hasta ella por medio de transformaciones.

Véase aquí las antiguas máximas indias, como se podrían descubrir las aristotélicas en las obras de lógica, como instrumento que sirve para conocer, y el origen oriental en la investigación de la ciencia por medio de la previsión y de la intuición. Estos filósofos rendían homenaje al paganismo y á todas las religiones falsas, defendiendo el culto de los astros, de los elementos, de los demonios y de los eones con la doctrina de las ideas personificadas en númenes, hombres y otros seres. Derivaron del cristianismo una idea mejor de la Trinidad y de la creación, y hasta la necesidad de la mediación divina por medio de ritos simbólicos, canales de la divina gracia (1): también Proclo consideró superior á la ciencia la fe; como la unión más completa con el Bien y con la Unidad.

Fué, pues, la escuela alejandrina un progreso, en cuanto determinó los elementos pe-

(1) Jamblico ilustró singularmente esta parte teosófica y litúrgica; Plotino la metafísica, y Porfirio la lógica. A propósito de las expiaciones, es notable el pasaje de Olimpiodoro.